

EL ARQUITECTO MARTIN DOMINGUEZ

Mariano GARCIA MORALES

Acabamos de perder uno de los compañeros que más han impulsado las nuevas formas de la arquitectura en España, durante el período de 1922 a 1936.

Martín Domínguez terminó sus estudios, en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid, el año 1922; su inseparable compañero, Carlos Arniches, había terminado un año antes.

Desde el primer momento trabajaron juntos con una compenetración que rara vez se da en nuestra profesión y esta forma conjunta de hacer, me impide hablar de ellos por separado. Domínguez y Arniches o, si se quiere, Arniches y Domínguez representaban una identificación, en sus preocupaciones estéticas, en sus obras y proyectos y en sus inquietudes intelectuales. Eran dos arquitectos con mayúscula.

La gente de su tiempo quiso discriminar sobre cuál era la aportación de cada uno en sus proyectos y realizaciones y hubo quien se atrevió a destacar el valor tecnológico de Domínguez y el estético y sensible de Arniches. Yo, que tuve alguna relación profesional con ellos, además de una buena amistad, no me atrevería a afirmar nada semejante.

Quizás contribuyese a esta creencia la diferencia de caracteres, pues mientras Domínguez era, de suyo, serio aunque afectivo, enérgico, ordenado y muy trabajador; Arniches, de fino olfato en materia de artes y letras, asimilaba todo dentro de una bohemia, si vale la frase, de carácter más comunicativo, y con un sentido extraordinario del humor.

Sin embargo a la hora de colaborar en cualquier tema, en aquel estudio que tenían en el Hotel Palace, su identificación era absoluta y yo pude comprobarlo repetidas veces.

Sus viajes por Europa (entonces menos corrientes) con ese agudo sentido de captación que ambos tenían, pronto les hizo comprender el papel que les estaba reservado en la defensa de la nueva arquitectura.

Era la época en que las tendencias y el espíritu de las BAUHAUS con Gropius a la cabeza, las publicaciones de Le Corbusier y otras escuelas nuevas empezaban a llegar a España y algunas con cierto retraso.

Pero Arniches y Domínguez no siguieron, ciegamente, estas tendencias y, hallándose siempre tensos y en vanguardia, supieron introducir las formas nuevas sin olvidar aquellas tradicionales de la arquitectura popular y autóctona.

Esta es, para mí, la mayor virtud de estos dos arquitectos cuyas obras adelantadas a su época fueron, sin embargo, expresivas del ambiente que las rodeaba. Yo comprendo que cuando esto se consigue es porque hay que quemar mucho más

El crítico de arte Sr. Castro Arines ha publicado, el día 8 de octubre, en el diario "Informaciones" un artículo en el que, con acierto, ha descrito la obra de este ilustre arquitecto. Por coincidir con él en su contenido, no quiero repetirlo y, por ello, me limito, en este artículo, a examinar más que su obra las cualidades personales y humanas de tan querido compañero.

fósforo y, en cambio, lo fácil es el gregarismo de lo nuevo por lo nuevo.

D. Eugenio D'Ors dijo, acertadamente, que todo lo que no es tradición es plagio.

Un ejemplo de esta identificación de lo nuevo con lo ambiental es el proyecto que redactaron para los Marqueses de Murrieta en la Sierra de Córdoba y que no llegó a realizarse; otro el de los Paradores de Turismo del año 1927 que siguen siendo actuales, pero con un marchamo españolísimo.

El café de la Graja del Henar fue otro ejemplo de novedad, confort y fino trazado; también tuvo una calurosa acogida por los intelectuales de entonces. En él y, más tarde, en los cafés de Recoletos (hoy desaparecido también) y de Gijón, durante el período de 1927 a 1934, hubo una tertulia que quizás sería más propio decir una cátedra de crítica de la arquitectura contemporánea. A ella venía Arniches, pero no Domínguez aunque su ausencia no excusaba su presencia representada por su compañero de trabajo.

Asistían, entre otros, Edgar Neville, Paco Vigni (de quien Valle Inclán dijo que era ingeniero, labrador y poeta), Rodríguez Suárez, Sánchez Arcas, Luis Lacasa, Francisco Solana, García Lorca, Luis Calvo, José López Rubio, Félix Alonso y varios arquitectos más.

La altura intelectual con que se planteaban las críticas y el objetivismo de las mismas, creo que difícilmente pudiera superarse. Este era el ambiente que respiraban nuestros dos arquitectos.

Importante es decir que Secundino Zuazo, cuya valía nunca ha sido discutida, cedió a Domínguez y Arniches el proyecto del café Zahara en la Avenida de José Antonio, que tanto éxito tuvo aunque ya está desfigurado totalmente con las sucesivas reformas; esto demuestra en la estima que tenía a nuestros dos personajes tan importante arquitecto.

El Hipódromo de la Zarzuela es aún admirado por expertos y profanos.

Muchas obras más podríamos destacar, pero no es este nuestro propósito.

Las dificultades con que la arquitectura se desenvolvió a partir de 1934, impidieron que estos ilustres arquitectos llegasen a la cumbre de la profesión realizando esa obra importante con la que todos soñamos y que hubiese marcado el cénit de su capacidad.

Terminemos, con tristeza, este artículo, recordando que Arniches falleció en 1957 y que hoy tenemos que sentir la nueva desgracia de la muerte de su compañero Martín Domínguez. Descansen en paz.

